

Estel y el jardín mágico

Una mañana de primavera, Estel, de ocho años, despertó con una sensación extraña. Sentía que aquel día sería especial, aunque no sabía por qué. Después de desayunar decidió salir al jardín de su casa. Era grande y estaba lleno de flores y arbustos, pero había un rincón que nunca había explorado, donde la hierba crecía alta y todo parecía oculto al mundo.

—¡Estel, no vayas tan lejos! —le dijo su madre desde la ventana. Pero pudo más la curiosidad. Caminó entre la hierba hasta descubrir una pequeña puerta de madera en el muro del jardín.

—¿Qué es esto? —se preguntó. Nunca había visto aquella puerta.

Con un poco de esfuerzo la abrió y encontró un jardín completamente distinto. Las flores eran enormes y de colores brillantes que nunca había visto. Los árboles tenían ramas que parecían bailar con la brisa y, en el centro, una fuente brillaba como si fuera mágica.

Entonces oyó una voz suave a su espalda:

—Bienvenida al jardín mágico, Estel.

Se volvió y vio a una mujer vestida de verde que parecía formar parte del propio jardín. Sus ojos brillaban como hojas bajo el sol.

—¿Quién eres? —preguntó Estel, sorprendida, pero sin miedo.

—Soy la guardiana del jardín. Este lugar está escondido del mundo y solo los niños de corazón valiente pueden encontrarlo. Ahora que estás aquí, hay un misterio que debes resolver.

Estel se emocionó.

—¿Un misterio? ¿Qué tengo que hacer?

La guardiana sonrió y le entregó una pequeña llave de oro.

—En el jardín hay tres puertas escondidas. Cada una guarda una prueba. Cuando superes las tres, descubrirás el tesoro.

Decidida, Estel comenzó su aventura. Encontró la primera puerta detrás de una gran flor azul. Al abrirla, vio un camino lleno de piedras que formaban un rompecabezas. Tuvo que pensar con ingenio para colocarlas correctamente y poder avanzar. Con paciencia, lo consiguió.

La segunda puerta estaba bajo un árbol que brillaba con luces doradas. Detrás había una habitación llena de libros.

—Esta es una prueba de conocimiento —pensó. Buscó el libro adecuado para resolver el enigma escrito en la pared y, gracias a su afición por la lectura, encontró la respuesta con facilidad.

La tercera puerta fue la más difícil de localizar. Estaba en el fondo de un estanque transparente. Estel reunió valor, entró en el agua y recuperó la llave del fondo. Cuando abrió la puerta, llegó a una sala

llena de luz, con una antigua caja de madera en el centro.

La abrió emocionada y encontró un pequeño espejo. Al mirarse, durante un instante vio su imagen y también sus aventuras, todo lo aprendido y las personas a las que quería. Comprendió que el tesoro era lo que llevaba dentro: su corazón valiente y su capacidad para superar las pruebas.

Al salir, la guardiana la despidió con una sonrisa.

—Recuerda, Estel: tu fuerza interior es el mayor tesoro que puedes tener. Siempre la llevarás contigo.

Así regresó a casa, sabiendo que, ante los retos del futuro, podría contar con su valentía y su inteligencia.